

EL ARTE DE LA CARPINTERÍA DE LO BLANCO EN EL PALACIO DE LA CONQUISTA

Francisco SANZ FERNÁNDEZ

Resumen

La presente comunicación tiene por objeto analizar los distintos tipos de armaduras, forjados y trabajos de carpintería de lo blanco, ejecutados en el trujillano palacio de la Conquista, durante la segunda mitad del siglo XVI.

Palabras clave: Trujillo, palacio de la Conquista, carpintería de lo blanco.

Abstract

This study analyzes the art of white carpentry in the city of Trujillo. The author analyses the carpenter's workshop and the wooden framework made in the palace of the *Marqués de la Conquista* in the 16th century.

Keywords: Trujillo, palace of the Marqués de la Conquista, white carpentry.

«El palacio de los marqueses de la Conquista constituye uno de los legados artísticos, históricos y arquitectónicos más relevantes del Conjunto Monumental de Trujillo. Sus muros compendian la esencia del valor, las inquietudes, la fortuna, la ambición, el honor, la fama y el destino del linaje más representativo de la historia de nuestra ciudad y el más universal de cuantos contribuyeron a gestar la historia de la Conquista, la Evangelización y la Colonización del Nuevo Mundo.

Espíritu de grandeza, nobleza y honor labrado en el granito de las casas de la primera mestiza noble trujillana, doña Francisca Pizarro, cuya cultura y sensibilidad por el color, esencia vital del pueblo Inca, aparecen allí difuminadas entre restos de pigmentos –azurita, lapislázuli, oro– que ennoblecen escudos, balcones, ventanas y alfarjías; y aun la naturaleza divina de su propietaria. Mestizaje de culturas del que participa también la tradición colorista y medieval castellana, nada ajena a lo mudéjar y alemán, que tiene en las casas de Hernando y Doña Francisca uno de sus más contemporáneos ejemplos»¹.

¹ SANZ FERNÁNDEZ, F., «Las casas principales de Hernando y Francisca Pizarro. Del documento escrito a las miradas intangibles», *Actas de los XXXII Coloquios Históricos de Extremadura*, Trujillo, 2003, pp. 647-681.

Con estas palabras comenzábamos, hace ahora dos años, a redactar las conclusiones de una investigación, llevada a cabo durante más de un año y medio y bajo la tutela de la profesora Lozano Bartolozzi, que tenía por objeto analizar el proceso estético-constructivo que hizo posible la edificación de uno de los conjuntos artísticos más representativos del Renacimiento trujillano: el palacio de los marqueses de la Conquista. Para ello tuve la suerte de contar con el apoyo y la colaboración de un magnífico equipo de científicos y profesionales –químicos, físicos, restauradores, arqueólogos y arquitectos– que contribuyeron a descifrar y reconstruir la imagen primitiva de esta residencia trujillana.

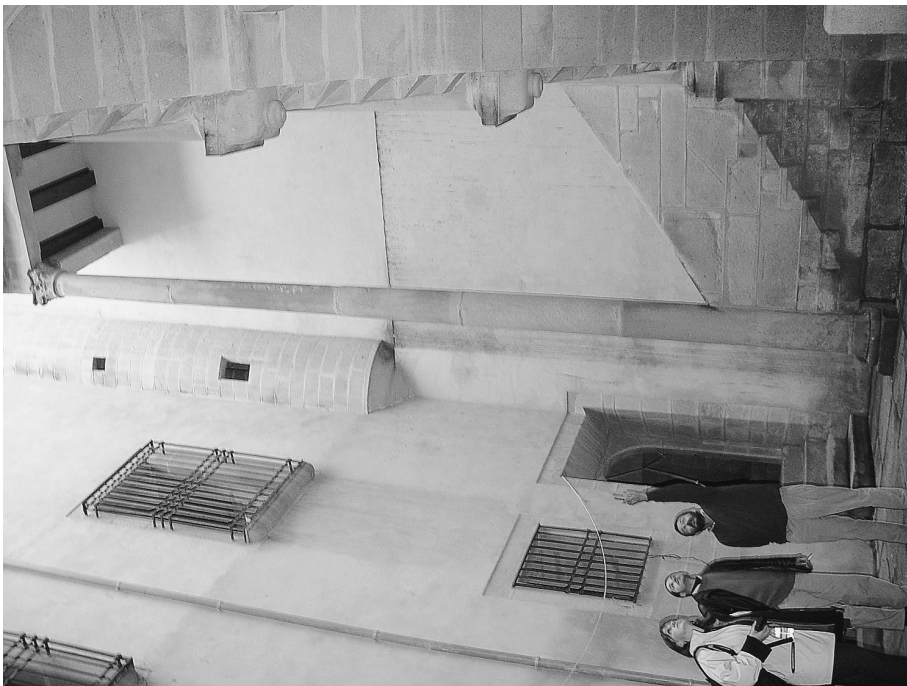
En el citado texto, con el que superamos nuestro período de suficiencia investigadora, dedicábamos especial atención a los procedimientos y las técnicas empleados por los constructores del palacio en el diseño y corte de la piedra, además de al documento cromático con que fue exornado el edificio. Allí también analizábamos, el sistema métrico empleado en su diseño o, entre otros aspectos, el entorno urbano inmediato que lo rodeaba. A la espera de una publicación completa de los resultados obtenidos, hemos querido recoger aquí un pequeño pero inédito capítulo de la investigación dedicado al arte de la carpintería de lo blanco (Figs. 1 y 2).

Si el arte de la cantería o estereotomía de la piedra tuvo gran importancia en la arquitectura histórica española, el oficio de la carpintería de lo blanco, necesario para la construcción de los forjados, cubiertas y portones de todo edificio, fue, sin duda, una de las ciencias más complejas desarrolladas en el ámbito de la construcción. Los carpinteros de lo blanco, llamados así porque trabajaban con maderas de coníferas claras y blandas, a diferencia de los carpinteros de lo prieto –hacedores, entre otros objetos, de artilugios y artefactos agrícolas–, que utilizaban maderas oscuras, como el álamo negro, el nogal o el castaño, eran portadores de un oficio muy antiguo, del que conocíamos, hasta hace pocos años, apenas la escasa información extraída de las Ordenanzas de Granada y Sevilla o de las nueve viñetas de los aliceres de la techumbre de la catedral de Teruel².

Carpinteros de lo blanco había de muchos tipos, desde lumétricos a laceros pasando por tenderos. Según el grado de habilidad y tipo de examen realizado ante el Alcalde de carpinteros, se dedicaban, a saber, a la elaboración de forjados, armaduras de cubierta –llanas o de lazo–, mesas, arcas o puertas. Esta división y organización, perfectamente codificadas en las citadas ordenanzas, suponemos debieron ser habituales en otras poblaciones andaluzas y castellanicas, si bien no alcanzarían el mismo grado de madurez en aquellos lugares con una menor y más pobre tradición carpintera.

Trujillo no fue un centro de primer nivel en lo que a producción de armaduras de madera se refiere. Bien que es cierto que se han perdido muchas de estas estructuras por circunstancias tan dispares como la acción del fuego, la destrucción brutal

² NUERE MATAUCO, E., *Nuevo tratado de la carpintería de lo blanco*, Munilla-Lería, Madrid, 2001, p. 32.



Figs. 1 y 2. Fachada y patio del palacio de La Conquista.

de la invasión francesa³, la ruina y el abandono o la «acción restauradora» de los arquitectos del movimiento moderno como Valcárcel o Hernández Gil⁴, que podrían haber falseado la verdadera dimensión de los trabajos de lo blanco en la ciudad, lo cierto es que el número de armaduras conservado –palacio de los Chaves-Cárdenas, convento de la Merced, etc.– resulta suficiente para comprender la sencillez con que trabajaban los carpinteros trujillanos⁵, de los que apenas tenemos noticias documentadas, ya sean referidas a sistemas de organización o a nombres de alarifes.

No obstante, hemos podido recoger varios datos de carpinteros activos en la ciudad, algunos de ellos –como Juan de Catela, el Mtro. carpintero Pedro Alonso, Rodrigo Alonso Negro o Pedro Gutiérrez– artesanos pudientes que figuran cual fiadores de numerosas obras⁶ y otros, como Baltasar Díaz que aparecen en contratos de aprendizaje firmados para iniciar en el oficio a jóvenes trujillanos⁷.

A la luz de la documentación analizada y de los tipos de armadura que han llegado hasta nosotros, debemos concluir que las armaduras de cubierta no tuvieron más que un sentido funcional en el ámbito trujillano, donde todas las que hemos encontrado y estudiado –entre las que se encuentran las que cubrían el palacio de la Conquista– son del tipo que Nuere Matauco llama llanas, esto es armaduras sin lazo; no alcanzando la especial importancia que tuvieron en otros lugares cercanos.

Las armaduras de cubierta de lazo ofrecían una mayor dificultad de realización que las llanas, en tanto formaban estructuras espaciales, donde el control de diseño y de la ejecución requería de mucha pericia y dominio del oficio⁸; más sin duda,

³ «...desde el día en que tomó su señoría posesión de este corregimiento se ha ocupado en informarse por sí mismo de los destrozos causados por los franceses en las continuas invasiones que hicieron en esta ciudad, y visto con bastante dolor que se hallan arruinados más de trescientos edificios y algunos de los más principales (el Castillo, La Vera Cruz, San Andrés, Santo Domingo, ...). A.P.T. 10/9/1814, Cecilio Bernet y García, leg. 571, ff. 312 ss.

⁴ Véase nuestro trabajo SANZ FERNÁNDEZ, F., «El paisaje urbano trujillano en el siglo XX. Intervenciones en el patrimonio histórico-artístico», Mérida, 2003 (en prensa).

⁵ Las condiciones de la obra que Sancho de Cabrera, primero entre los maestros de cantería activos en Trujillo, firmaba en 1545 ante el Obispo de Plasencia don Gutierre de Vargas Carvajal para hacer en la cercana villa de Jaraicejo una iglesia, recogen con gran detalle el tipo de armadura de cubierta que había de levantarse sobre el citado templo: «...Sobre esta altura e soleras se an dechar sus tirantes de diez a diez pies muy bien clavados con sus cavillas en las soleras, y por detrás de los dichos tirantes an de echar otras maderas gruesas, en que hagan con los tirantes, errehenchido todo de cal y canto, y sobre los dichos tirantes armar sus tigeras para armar su tejado muy bueno...». Documento citado en FERNÁNDEZ SERRANO, F., *Garciaz y su templo parroquial*, Zaragoza, 1971.

⁶ En junio de 1566 salía por fiador de Francisco y Alonso Becerra –canteros– el carpintero Juan de Catela, en la escritura de protocolización del contrato y asiento de las obras que los citados maestros de cantería iban a realizar en la iglesia parroquial de Santo Domingo. A.P.T. Pedro de Carmona, 1566, leg. 10, f. 55. Nuevamente encontramos su nombre en otra escritura de 1570, en la que figura también, como obligado en las obras que Francisco Becerra iba a comenzar en la parroquial de Orellana la Vieja. A.P.T. Pedro de Carmona, 1566, leg. 15, f. 210.

⁷ A.M.T. Contrato de aprendizaje, Pedro de Carmona, 22/4/1587, leg. 11.

⁸ Ésta es la razón que explica la dedicación casi exclusiva que los tratados de carpintería de la época, cuales la *Primera y Segunda Parte de las Reglas de la Carpintería*, el *Breve compendio de la Carpintería de lo Blanco* y *Tratado de Alarifes*, ambos, de Diego López de Arenas o el manuscrito

que la sencilla traza y montaje de un simple forjado. El sentido funcional y austero que caracterizó los interiores de los grandes palacios trujillanos del siglo XVI, en cambio, monumentales y suntuosos exteriormente, unido a la pobre tradición lacera que había en la ciudad, explica, así, la menor importancia concedida a este tipo de carpintería de lo blanco.

Apenas conservamos unas cuantas fotos, desgraciadamente vistas exteriores, de la armadura de cubierta que coronaba el palacio de la Conquista, acaso la original del siglo XVI, en tanto fue desmontada durante la intervención que Valcárcel realizó en 1969, debido –según cuenta la memoria del proyecto– *al estado de pudrición y deterioro en que se encontraba*⁹. No obstante, suponemos que seguiría el patrón tradicional de la carpintería castellana de lo blanco más llana o sencilla, esto es, levantada a partir de una armadura simple de par e hileras o una armadura de par y nudillos, adaptada, no obstante, a una caída a tres aguas, esto es con una lima bordón en el costado nororiental.

La armadura de par e hileras estaba formada por grandes maderos, habitualmente de conífera¹⁰, dispuestos en paralelo e inclinados sobre una gran viga central, perpendicular a aquellos, llamada hilera; en tanto la de nudillos incorporaba a la estructura antedicha una correa horizontal por cada par. Frente aquella, poco resistente a los esfuerzos asimétricos del viento, la cubierta de par y nudillo aumentaba la resistencia de la estructura, al tiempo que permitía el empleo de pares más largos, pues los tirantes reducían la flexión de la madera.

Una y otra solían estar cosidas perimetralmente, desde la barbilla de los pares, por un zuncho que recogía los empujes horizontales generados, circunstancia que favoreció y evitó el hundimiento de las fachadas del palacio cuando comenzaron a desplomarse a poco de ser construidas.

Las limas se armaban cuando, como ocurre en las casas de Hernando Pizarro, existían más de dos aguas o vertientes en la cubierta de un edificio. Grandes péndolas, equivalentes a los pares, pero que a diferencia de éstos nunca alcanzaban la

de Fray Andrés de San Miguel, conceden a las armaduras de cubierta de lazo. Sobre el manuscrito de Fray Andrés de San Miguel véase BÁEZ MACÍAS, E., *Obras de Fray Andrés de San Miguel* y BONET CORREA, A., «Las iglesias y conventos de las carmelitas en Méjico y Fray Andrés de San Miguel», *Archivo Español de Arte* (1964), tomo XXXVII, pp. 30-47.

⁹ A.G.A. Memoria del Proyecto de Restauración del Palacio de la Conquista, dirigido por González Valcárcel, de 1968. Sección Cultura, caja, 125, f. 2.

¹⁰ Las ordenanzas municipales de Trujillo recogen interesantes preceptos y normas sobre el corte de madera, que para construir casas y edificios se hacía habitualmente en los montes del alfoz trujillano, especialmente en la Madroñera y junto al río Tozo; mencionan los tipos de maderas que habían en los bosques del término; los lugares de tala permitidos, prohibiciones y sanciones. También era habitual, ya en el siglo XVI, la compra de pino en los bosques de coníferas de Ávila –así lo hizo, al menos, Juan de Orellana Pizarro para su la reforma de su nuevo palacio en el antiguo camino de la Vera-Cruz–, que era transportado en almadías o navatas por los ríos Tajo y Almonte, lo que facilitaba por la acción del agua que la madera perdiese su savia natural y seicara antes. Sabemos también que M. de Lara Churriquera compró para la reforma del palacio de la Conquista doscientos pies de roble de los montes de Garciaz. A.M.T. Libros de Acuerdos, 1734, leg. 261, ff. 63v-64.

hilera, daban forma a esta variante de las armaduras tradicionales, que al menos fue empleada en los costado nororiental y meridional del palacio.

En lo que a la fabricación de forjados se refiere, si bien era necesario alcanzar un grado de destreza y conocimiento sobre los tipos de escuadría, la luz a cubrir en cada estancia o las cargas mecánicas que había de soportar cada estructura, lo cierto es que el conocimiento y pericia requeridos por el carpintero eran sensiblemente menores, que los necesarios para trazar la monte de una armadura de lazo.

Los forjados más sencillos eran construidos a partir de vigas paralelas, cubiertas superiormente por un sencillo entablado, cuya clavazón a las viguetas –fundamental a la hora de evitar que el secado de las maderas rajase la armadura– se resolvía con clavos de hierro forzados a su tope; un sencillo solapado a medias maderas o con machihembrados. Todas estas soluciones las encontramos en los forjados del palacio de la Conquista –la mayor parte de ellos escuadrados a partir de este sencillo modelo–, si bien observamos que los más antiguos están forzados a las vigas con clavos; mientras los machihembrados aparecen, fundamentalmente, en aquellas estructuras que han sido restauradas con enchuleados¹¹.

De todos los posibles forjados de madera empleados en estas estructuras históricas, destaca el alfarje llamado de cinta y saetino –modelo utilizado en las estancias más nobles del palacio de la Conquista–, sin duda, la solución más perfecta, entre las económicas, que practicaron los carpinteros de lo blanco en *las Españas*.

Los alfarjes de cintas y saetinos, que erróneamente llamamos artesonados, tuvieron además una gran vistosidad, pues era habitual exornarlos con frisos corridos de ménsulas, luego policromadas. La solución adoptada para este tipo de alfarjía, añadía a las habituales viguetas de todo forjado, un conjunto de tablas achaflanadas de igual anchura que aquellas, dispuestas transversalmente, llamadas cintas. Sobre esta estructura ortogonal se disponían unas tablillas cuya longitud era igual a la distancia entre las cintas, llamadas saetinos; y finalmente, todo el alfarje se cubría con tablas ligeramente más anchas que el entrevigado, que servían de pavimento a la estancia superior que cubrían. Este suelo de madera, se rellenaba, más tarde, con escombros de arcilla, yeso y cal, que además de favorecer el desalojo de los cascajos que generaba la obra, creaban una capa impermeabilizante frente a posibles limpiezas con agua, al tiempo que proporcionaban un aislante acústico natural al edificio. La importancia de este tipo de pavimento, que encontramos en todas las estancias de las plantas superiores del palacio de la Conquista, adquirió con el tiempo además un papel primordial en la estabilidad de aquellas fábricas con patologías mecánicas –cual la que estudiamos aquí–, en tanto los escombros de arcilla, cal o ladrillo generaban

¹¹ El enchuleado es una técnica restauradora muy habitual en el campo de la carpintería que permite reponer los tramos dañados de una estructura, por ataques de xilófagos, hongos, etc., por otros nuevos de igual color y tipo de madera; la unión entre la parte conservada y la repuesta se realiza habitualmente con espigas. Sobre técnicas de restauración de estructuras de madera en conjuntos históricos véase AA.VV., *Patologías y técnicas de intervención. Elementos estructurales*, tomo III, Munilla-Lería, Madrid, 1999.

capas de compresión y estabilidad, que fueron retiradas en numerosas intervenciones –así ocurrió con la mayor parte de los forjados de las casas de Hernando Pizarro, que fueron desescombrados durante las obras emprendidas por Valcárcel–, dando lugar a nuevos desequilibrios¹².

Sobre la capa de yeso, cal o arcilla bruñida, se disponían grandes esteras de fibras naturales, que dieron lugar a un tipo de pavimento de origen árabe llamado sembrilla, tradicional en el ámbito de la arquitectura palacial extremeña –el Dr. Ignacio Gárate, como nosotros en Trujillo, ha encontrado restos de estos pavimentos en las obras de restauración que ha realizado recientemente en el convento de Yuste¹³– (Figs. 3 y 4).

Tres estancias del palacio, situadas en la planta principal del edificio, que adquiere una función esencialmente privada frente al carácter público y administrativo de la planta inferior, donde se encontraba el salón de linajes o esgrafiados, fueron exornadas y cubiertas con artesonados de cinta y saetino –todos policromados y animados por frisos de ménsulas talladas con motivos iconográficos de rostros humanos y animalísticos del mundo inca y el paganismo occidental–.

La primera de estas estancias sirvió de distribuidor de toda la planta, y especialmente de antecámara al salón principal, aquel que aloja el balcón de esquina y *las alegrías*, así como de las habitaciones de Hernando y Doña Francisca. La alfarjía de esta primera estancia, rica en color, reclama su función principal en el contexto funcional y de uso del palacio con un friso de canecillos tallados al gusto renacentista con hojas de acanto y medias rosetas.

La segunda, la más suntuosa de todas las habitaciones del edificio –probables aposentos de Hernando–, fue cubierta con una alfarjía de cintas y saetinos apoyada sobre dos frisos escalonados de ménsulas decoradas con motivos heráldicos –escudo de los Pizarro–, animalísticos –leones– y rostros humanos, cercanos en toda lectura iconográfica responsable al contexto decorativo tradicional del Renacimiento castellano¹⁴. Toda la alfarjía iba decorada con rojos, negros, oros y carnaciones originales del siglo XVI, que hemos descubierto recientemente, tras una cata, bajo las capas de policromías aplicadas a finales del siglo XIX (Figs. 5, 6, 7 y 8).

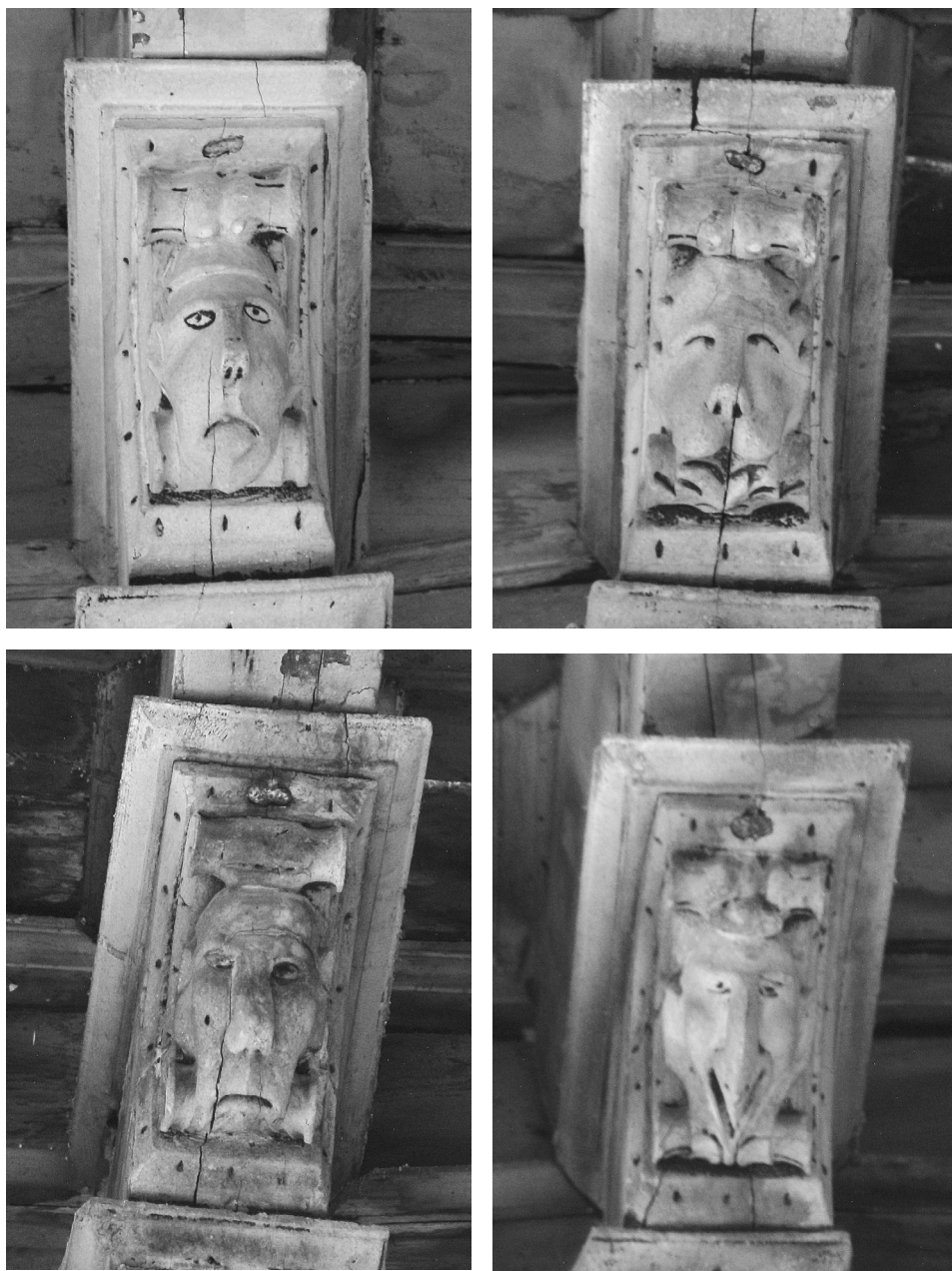
¹² NUERE MATAUCO, E., *La carpintería de armar española*, M.R.R.P., Munilla-Lería, Madrid, 2000, pp. 63-64. Cf. *etiam*, GARATE ROJAS, I., *Artes de la cal*, M.R.R.P., Munilla-Lería, Madrid, 2002, p. 127.

¹³ El propio Ignacio Gárate nos contó personalmente qué técnicas y procedimientos empleó en la restauración del monasterio de Yuste; la importancia que tuvieron estos suelos o sembrillas en la arquitectura civil extremeña y nos deleitó con sus conocimientos sobre la cultura del color, hoy desgraciadamente perdida y responsable del empeoramiento del diseño arquitectónico.

¹⁴ En este sentido queremos dejar constancia de nuestro desacuerdo con algunas de las teorías de Ramos Rubio que consideran los rostros de esta estancia representaciones de deidades celestes incas como la luna o Quilla, el sol o pájaro Inti, o Coychi, que estarían formando parte de un programa iconográfico relacionado con la peregrinación del sol y la luna. No obstante, nos parece acertada su interpretación de que algunos canecillos del palacio representan a miembros de la nobleza inca, los llamados «orejones» y personajes de la cultura Chimú, los «narigones». RAMOS RUBIO, J. A., *El palacio del marqués de la Conquista en Trujillo*, Cáceres, 1992, p. 31.



FIGS. 3 Y 4. *Panorámica y detalle de un forjado de cintas y saetinos.*



FIGS. 5, 6, 7 Y 8. Ménsulas talladas con motivos humanos y animalísticos del mundo inca y el paganismo occidental.

La tercera y última estancia cubierta con una alfarjía policromada y tallada, es la habitación contigua a la anterior, que nosotros consideramos los aposentos de doña Francisca. Aquí casi todos los canecillos fueron tallados a partir de efigies de personajes del mundo inca –entre los que unos cubren su rostro con máscaras; otros portan dilatadores en las orejas, propios de la condición real que ostentaban: son los orejones, que ayudaban al gobierno del imperio y ostentaban cargos políticos y militares; y los menos, traen grandes narices en su cara–. No obstante, se observan también rostros castellanos, con facciones duras y muy reales, cuya interpretación iconográfica comprendería, sin duda, un artículo más amplio, que confieren al conjunto una fuerza expresiva desconcertante.

El resto de los forjados del palacio, algunos parcialmente destruidos por los avatares del tiempo y los usos dados al edificio, son sencillas alfarjías, sin ningún tipo de ornamento, aunque dotadas de un color sombra –aplicado artificialmente– por motivos de durabilidad y conservación: hablamos de la brea, resina de la conífera que aporta a los forjados una coloración oscura al tiempo que los protege frente a las agresiones de insectos xilófagos. En otras habitaciones hemos encontrado forjados pintados con almagra, aplicación también habitual en las armaduras de maderamen de edificios históricos¹⁵.

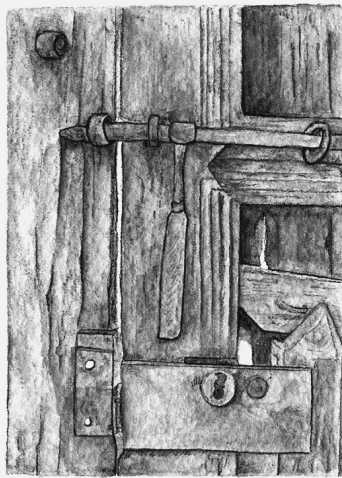
Poco o casi nada se conserva de la carpintería original que cerraba huecos y ventanas¹⁶, salvo la puerta de acceso al palacio, espectacular ejemplo del más sencillo arte de lo blanco ejecutado en la ciudad (Figs. 9 y 10).

El mejor legado que los carpinteros de lo blanco dejaron a la ciudad de Trujillo, al margen de las citadas alfarjías de los salones de las casas de Hernando Pizarro o los saetinos geométricos del palacio Orellana-Toledo, fue el espectacular conjunto de portadas de pinacea, machihembradas y espigadas que realizaron para los templos de San Martín, Santa María o el convento de San Pedro, entre otros edificios singulares, los llamados carpinteros tenderos. No obstante, destacan por su calidad, mayor antigüedad, y factura de los herrajes –el trabajo simultáneo y ordenado entre el carpintero y el herrero eran fundamentales– tres piezas de aspecto muy parecido y similar cronología: la puerta principal de la casa de los Chaves-Cárdenas, en la plaza Mayor; la puerta meridional de la iglesia parroquial de Santa María y la puerta principal del palacio de la Conquista, todas de la primera mitad del siglo XVI¹⁷. Esta

¹⁵ En la reciente intervención llevada a cabo en Yuste, bajo la dirección del Dr. Ignacio Gárate se han encontrado numerosos forjados tratados de un modo similar. GÁRATE ROJAS, I., *op. cit.*, p. 44. Sobre tratamientos de la madera contra insectos xilófagos véase, GARCÍA DEL PINO, F., «Los insectos xilófagos, biología y control», U.A.B. y RODRÍGUEZ BARREAL, J. A., *Patología, tratamiento y consolidación de la madera puesta en obra*, AITIM, Madrid, 1989.

¹⁶ No obstante suponemos que se tratarían de piezas construidas con pinacea y acabadas con una policromía aplicada sobre una preparación de yeso. El palacio de Hernando de Zafra en Granada y el convento de Uclés conservan algunos ejemplos de ventanas y contraventanas decoradas con casetones y rostros en relieve, fechables entre los primeros años del siglo XVI y XVII, que no deben ser muy distintos de los que otrora exornaron el palacio de La Conquista.

¹⁷ La puerta del mediodía de la Parroquia de San Martín fue realizada y colocada por los maestros Alonso Negro y el carpintero Pedro Gutiérrez en 1544, de quien encontramos de nuevo noticias en



FIGS. 9 Y 10. *Panorámica y detalles de la puerta principal.*

última fue diseñada en dos hojas simétricas –portones–, cada una de las cuales aloja un portillo, que habilita el acceso ordinario al edificio: al exterior resulta sobria y austera –únicamente exornada por un conjunto de ocho filas de herrajes cuadrangulares realizados en hierro batido, con motivos geométricos recortados y cinco clavos troncopiramidales, cual pinjantes, dispuestos en *sotuer*; al interior, destaca por la calidad técnica de los machihembrados y espigas empleados, los herrajes en codillos abiertos, y sobre todo, por la trama geométrica incisa, que aunque sencilla, exorna el conjunto con calidades de un gran valor artesanal, el de toda obra trabajada a mano con azuelas, hachas de filo ancho y estrecho, el hacha destreal, la barrena o la tiza y el compás, importantísimos para la traza de la montea¹⁸.

Finalmente, no podemos cerrar este humilde recorrido por el oficio de los blanco en el palacio de La Conquista, sin acercarnos, aunque sea tangencialmente, al arte mobiliario que otrora exornaba las estancias y salones de estas casas principales de los Pizarro. Nada guarda el palacio del arte mueble primitivo que disfrutaron Hernando y Doña Francisca, no obstante, el inventario de bienes de la noble mestiza Pizarro, nos ilustra parcialmente con algunos e interesantes datos de piezas que decoraron el palacio, a saber: «...*sillas de ataujía, arquetas con taracea y un escritorio de nogal, grande y viexo...*»¹⁹. Piezas que demuestran la presencia en la ciudad de carpinteros tenderos, es decir, aquellos que sabían «*fazer una arca de lazo...arca faxada de molduras... o unas puertas grandes de palacio, con postigos a dos fazes...*»²⁰.

numerosas escrituras de protocolo, donde aparece como fiador de obras de Francisco y Alonso Becerra. BENAVIDES CHECA, J., *Prelados placentinos*, 1.ª edición, 1907, Plasencia, 1999, pp. 136-137. *Vid. etiam* nota 127-128.

¹⁸ Aunque resulta escaso entre los historiadores del arte el interés por el oficio de la carpintería queremos aquí enarbolar la defensa de este arte tan noble y fundamental para el discurso arquitectónico de los siglos XVI y XVII, toda vez que será uno de los soportes principales para la decoración policroma de interiores, permitiendo así, acentuar el carácter, la forma y el material de la arquitectura intervenida. En este sentido nos parece importante destacar los estudios sobre la carpintería de lazo extremeña iniciados por MOGOLLÓN CANO-CORTÉS, P., «Corpus de techumbre mudéjares en Extremadura», *Norba Arte*, 3, 1982, pp. 33-48. o los estudios más recientes sobre la carpintería en Jaén de JÓDAR MENA, M., «El arte de la carpintería en el discurso arquitectónico de las iglesias parroquiales de la ciudad de Jaén en el siglo XVI», *Congreso Nacional de Historia del Arte*, Málaga, 2002 (en prensa).

¹⁹ VÁZQUEZ, L. O. DE M., «Inventario de Bienes de la Ilustre Mestiza Doña Francisca Pizarro», *Actas XXII Coloquios Históricos de Extremadura*, Trujillo, 1996, pp. 467-479.

²⁰ Ordenanzas de Carpinteros de la ciudad de Granada del siglo XVII. Cf., NUERE MATAUCO, E., *Nuevo Tratado...*, *op. cit.*, pp. 29-30.